

**COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO**

MARCOS

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

MARCOS



editorial clie

M.Th. Samuel Pérez Millos

EDITORIAL CLIE

C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
Internet: <http://www.clie.es>

COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO
DEL NUEVO TESTAMENTO
MARCOS

Copyright © 2014 Samuel Pérez Millos
Copyright © 2014 EDITORIAL CLIE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-8267-864-1

ISBN obra completa: 978-84-8267-547-3

Printed in U.S.A.

Déposito Legal: B. 17660-2014

Clasifíquese:
REL006070.
Comentarios bíblicos.
Nuevo Testamento
Referencia: 224867

Dedicatoria.

A todos los que aman a Cristo con amor inalterable; a los que hacen de Él su razón de ser y causa de vida, siguiendo con decisión las huellas de sus pisadas; a los que no sólo lo han recibido como Salvador, sino que lo han entronizado como Señor; a los que cautivados por Él viven para servirle y esperan expectantes Su venida; a todos los que dicen con gozo: *Porque para mí el vivir es Cristo.*

INDICE

Prólogo	15
Capítulo I	
Comienzo del Ministerio.	
Introducción General.	20
El Evangelio según San Marcos en los sinópticos.	20
Comienzo.	21
Desarrollo.	21
Culminación.	22
Diferencias en Marcos.	23
Material común con Mateo.	23
Material común con Lucas.	24
Parábolas únicas en Marcos.	24
Lugar del evangelio entre los sinópticos.	24
Tradición oral.	25
Dependencia inmediata.	26
Dependencia mediata.	26
Hipótesis documentaria doble.	26
El evangelio en la iglesia primitiva.	27
La Alta Crítica y el Evangelio según Marcos.	30
Fuentes de Marcos.	33
La hipótesis del Ur-Markus.	34
La hipótesis de redacción.	36
La hipótesis de la recopilación.	37
Autor.	38
Fecha.	40
Lugar de composición.	41
Destinatarios.	41
Propósito.	42
El escrito.	43
Peculiaridades de sintaxis en Marcos.	43
Anacolutos.	44
Pleonasmos.	44
Asíndeton.	44
Parataxis.	45
El trasfondo semítico del evangelio.	45
Características del Evangelio según Marcos.	45
La narración de Marcos.	46
Material del evangelio.	49
Relatos declarativos.	49
Milagros.	50

Relatos sobre Jesús.	50
Composiciones de Marcos.	51
Parábolas y sentencias.	52
Puntualizaciones teológicas del Evangelio.	53
Cristología.	53
Títulos en la Cristología.	55
Reino.	56
Cristología del servicio.	60
Enseñanzas sobre el pecado.	61
Enseñanzas sobre la salvación.	61
Enseñanzas sobre los ángeles.	61
Escatología.	62
El texto del Evangelio.	62
Manuscritos griegos.	62
Versiones latinas.	64
Versiones siríacas.	65
Aspectos del texto griego para la exégesis.	65
Referencia general.	65
El griego koiné.	66
Otros aspectos en el uso del griego.	72
Bosquejo.	72
Exégesis del evangelio.	76
I. Ministerio (1:1-10:52).	77
Antecedentes (1:1-15).	77
Ministerio de Juan el Bautista (1:1-8).	77
El bautismo de Jesús (1:9-11).	106
La tentación (1:12-13).	117
Inicio del ministerio (1:14-20).	125
Jesús el predicador (1:14-15).	125
Los primeros discípulos (1:16-20).	139
El poder de Jesús (1:21-3:12).	148
Autoridad sobre la enseñanza (1:21-22).	148
Poder sobre un demonio (1:23-28).	153
Poder sobre la enfermedad (1:29-45).	163
Curación de la suegra e Pedro (1:29-31).	163
Curación de diversas enfermedades (1:32-34).	168
Paréntesis histórico (1:35-39).	172
Jesús orando (1:35).	172
Viajando y ministrando en Galilea (1:36-39).	175
Sanidad de un leproso (1:40-45).	180

Capítulo II.**Poder y oposición.**

Introducción.	197
Poder para perdonar pecados (2:1-12).	198
El paralítico de Capernaum (2:1-4).	198
Jesús perdona los pecados (2:5).	205
Jesús es cuestionado (2:6-7).	208
Evidencia de autoridad para perdonar pecados (2:8-12).	211
Otros aspectos de su ministerio (2:13-22).	223
Llamamiento de Leví (2:13-14).	223
Jesús con publicanos y pecadores (2:15-17).	230
La cuestión del ayuno (2:18-20).	243
Lo viejo y lo nuevo (2:21-22).	252
Autoridad sobre el sábado (2:23-3:6).	258
La autoridad expresada (2:23-28).	258

Capítulo III.**Autoridad y servicio.**

Introducción.	271
Sanando en sábado (3:1-6).	272
Poder manifestado (3:7-12).	286
Sobre enfermedades (3:7-10).	286
Sobre los demonios (3:11-12).	294
Enseñanzas y milagros (3:13-6:6).	296
Elección de los Doce (3:13-19a).	296
Gentío y reacción (3:19b-21).	315
El pecado imperdonable (3:22-30).	319
La familia de Jesús (3:31-35).	338

Capítulo IV.**Enseñando por parábolas.**

Introducción.	351
Enseñando por parábolas (4:1-34).	353
La parábola del sembrador (4:1-20).	353
La parábola (4:1-9).	353
La explicación (4:10-20).	367
Parábola de la lámpara (4:21-25).	394
Parábola del crecimiento de la semilla (4:26-29).	404
Parábola de la semilla de mostaza (4:30-34).	410
Jesús calma la tempestad (4:35-41).	422

Capítulo V.**Liberación, sanidad y resurrección.**

Introducción.	439
El endemoniado de Gadara (5:1-20).	441
Dos milagros (5:21-43).	485
La petición de Jairo (5:21-24).	485
Curación de la hemorroisa (5:25-34).	491
Resurrección de la hija de Jairo (5:35-43).	509

Capítulo VI.**El siervo rechazado, admirado y poderoso.**

Introducción.	529
Otros aspectos del ministerio de Jesús (6:1-10:56)	531
Rechazado en Nazaret (6:1-6).	531
Enviando a los Doce en misión (6:7-13).	552
Herodes Antipas (6:14-29).	573
El temor supersticioso de Herodes (6:14-16).	573
El asesinato de Juan el Bautista (6:17-29).	580
El testimonio de los Doce (6:30-31).	606
Milagros de Jesús (6:32-56).	610
Alimentación de los cinco mil (6:32-44).	610
Jesús camina sobre el mar (6:45-52).	634
Jesús cura a muchos enfermos (6:53-56).	652

Capítulo VII.**Traiciones, hipocresía y amor.**

Introducción.	659
Piedad verdadera y falsa (7:1-23).	661
La piedad farisaica (7:1-5).	661
La respuesta de Jesús a los fariseos (7:6-13).	676
La parábola dicha a la multitud (7:14-16).	691
La explicación de la parábola (7:17-23).	696
Milagros, conflictos y testimonio (7:24-8:38).	711
La mujer sirofenicia (7:24-30).	711
Mapa del viaje de Jesús.	714
Curación de un sordomudo (7:31-37).	728

Capítulo VIII.**Milagros, enseñanza y reconocimiento.**

Introducción.	741
Milagros en tierra de gentiles (8:1-10).	743
La petición de los fariseos (8:11-13).	759
Enseñanzas a los discípulos (8:14-21).	766

Curación de un ciego (8:22-26).	778
Testimonio de Pedro (8:27-30).	786
Primer anuncio de su muerte (8:31).	798
Repreñión a Pedro (8:32-33).	802
El verdadero valor de la vida (8:34-38).	807

Capítulo IX.

La gloria del siervo.

Introducción.	827
La transfiguración (9:1-13).	829
El acontecimiento (9:1-8).	829
La consecuencia inmediata (9:9-13).	857
El final del ministerio (9:14-10:52).	867
Curación de un endemoniado (9:14-29).	867
Jesús anuncia su muerte y resurrección (9:30-32).	894
La verdadera grandeza (9:33-37).	900
Condenando el sectarismo (9:38-41).	909
Advertencias solemnes (9:42-50).	916

Capítulo X.

Enseñanzas y milagros.

Introducción.	939
Enseñanza sobre el divorcio (10:1-12).	941
Jesús y los niños (10:13-16).	965
El joven rico (10:17-31).	975
La situación del joven rico (10:17-22).	975
Advertencias sobre las riquezas (10:23-31).	990
Anuncio, petición y curación (10:32-52).	1009
Anuncio de su muerte (10:32-34).	1009
Petición de Santiago y Juan (10:35-45).	1018
Curación de Bartimeo (10:46-52).	1048

Capítulo XI.

Jesús en Jerusalén.

Introducción.	1061
II. Jesús en Jerusalén (11:1-13:37).	1063
La entrada en Jerusalén (11:1-11).	1063
Preparativos para la entrada en Jerusalén (11:1-7).	1063
La comitiva (11:8-11).	1074
Jesús en Jerusalén (11:12-13:37).	1083
La higuera estéril (11:12-14).	1083
La purificación del templo (11:15-19).	1091

Enseñanzas sobre la fe y la oración (11:20-26).	1105
Jesús cuestionado (11:27-33).	1118

Capítulo XII.

Otras enseñanzas de Jesús.

Introducción.	1131
La parábola de la viña (12:1-12).	1132
La cuestión del tributo (12:13-17).	1154
Los saduceos (12:18-27).	1165
Los escribas (12:28-40).	1182
El primer mandamiento (12:28-34).	1182
La pregunta de Jesús (12:35-37).	1197
Jesús acusa a los escribas (12:38-40).	1205
La ofrenda de la viuda (12:41-44).	1210

Capítulo XIII.

Los tiempos finales.

Introducción.	1219
Sermón profético (13:1-37).	1223
Las preguntas de los discípulos (13:1-4).	1223
Panorama del comienzo de la tribulación (13:5-13).	1232
El tiempo final de la tribulación (13:14-23).	1255
La segunda venida del Señor (13:24-27).	1272
Señales del fin (13:28-37).	1280
Parábola de la higuera (13:28-31).	1280
Llamamiento a la vigilancia (13:32-37).	1289

Capítulo XIV.

La antesala de la cruz.

Introducción.	1301
III. Pasión, muerte y resurrección (14:1-16:20).	1303
El camino de la pasión.	1303
El complot contra Jesús (14:1-2).	1303
Jesús ungido en Betania (14:3-9).	1309
El compromiso de Judas (14:10-11).	1324
Preparativos para la Pascua (14:12-16).	1329
La última Pascua (14:17-31).	1339
Crisis del discipulado (14:17-21).	1339
Institución de la Cena del Señor (14:22-25).	1350
Jesús anuncia la negación de Pedro (14:26-31).	1371
Getsemaní (14:32-42).	1382
La agonía (14:32-34).	1382
La primera oración (14:35-38).	1392

La segunda oración (14:39-40).	1414
La tercera oración (14:41-42).	1418
La Pasión.	1423
Traición y prendimiento de Jesús (14:43-46).	1423
Reacción de Pedro y conducción de Jesús (14:47-52).	1431
Jesús ante el sumo sacerdote (14:53-65).	1438
La negación de Pedro (14:66-72).	1461
Capítulo XV.	
La Cruz.	
Introducción.	1475
Jesús ante Pilato (15:1-15).	1476
La comparecencia (15:1-5).	1476
Liberación de Barrabás y sentencia de Jesús (15:6-15).	1487
Jesús escarnecido (15:16-20).	1502
La crucifixión (15:21-36).	1513
La muerte de Jesús (15:37-41).	1549
Sepultura (15:42-47).	1565
Capítulo XVI.	
Resurrección y misión.	
Introducción.	1577
La resurrección (16:1-18).	1582
Las mujeres ante el sepulcro (16:1-4).	1582
Los ángeles en la resurrección (16:5-7).	1588
La reacción de las mujeres (16:8).	1594
María Magdalena (16:9-11).	1596
Los discípulos de Emaús (16:12-14)	1600
La gran comisión (16:15-18)	1602
La ascensión (16:19-20).	1619
Bibliografía.	1633

I. MINISTERIO (1:1-10:52).**Antecedentes (1:1-15).****Ministerio de Juan el Bautista (1:1-8).****1. Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.**

Ἀρχὴ τοῦ εὐαγγελίου Ἰησοῦ Χριστοῦ [Υἱοῦ Θεοῦ]¹.
 Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

¹Χριστοῦ Υἱοῦ Θεοῦ, *Cristo, Hijo de Dios*, lectura atestiguada en κ¹, B, D, L, W, 2427.

¹Χριστοῦ Υἱοῦ τοῦ Θεοῦ, *Cristo, Hijo de Dios*, como se lee en A, Δ, f¹, f¹³, 33, 180, 205, 565, 579, 597, 700, 892, 1006, 1010, 1071, 1243, 1292, 1342, 1424, 1595, *Biz* [E, F, G^{supp}, H, Σ], *Lect*, eti, geo², esl, it^a, aur, b, c, d, f, ff2, l, 1, r1, vg, sir^{p, h}, cop^{sa/mss, bo}, Ireneo^{lat 2/3}, Ambrosio, Cromatius, Jerónimo^{3/6}, Agustín, Faustus-Milevis.

Χριστοῦ Υἱοῦ τοῦ Κυρίου, *Cristo, hijo del Señor*, lectura en 1241.

Χριστοῦ, *Cristo*, según κ*, Θ, 28^c, sir^{pal}, cop^{sa/ms}, arm, geo¹, Orígenes^{gr. lat}, Asterius, Serapio, Cirilo de Jerusalén, Seberiano, Hesequio, Victorino de Pettau, Jerónimo^{3/6}.

Se omite en 28*.

Iniciando el relato del evangelio, escribe: Ἀρχή, caso nominativo femenino singular del nombre común *principio, origen*; τοῦ, caso genitivo neutro singular del artículo determinado declinado *del*; εὐαγγελίου, caso genitivo neutro singular del nombre común *evangelio*; Ἰησοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio declinado *de Jesús*; Χριστοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre propio *Cristo*; Υἱοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre *Hijo*; Θεοῦ, caso genitivo masculino singular del nombre divino declinado *de Dios*.

Ἀρχὴ τοῦ εὐαγγελίου. Marcos comienza su escrito indicando que este es el *principio* del evangelio, es decir, el inicio del texto que va a desarrollar. Es el *punto de partida* de lo que va a continuar. Pudiera tratarse también de dar el título al libro, como “*Principio del evangelio de Jesucristo*”. Sin embargo, es difícil precisar si esta era la intención

del autor. Para Lucas, por ejemplo, es claro que el *primer tratado* hacía referencia al *principio* del relato sobre Jesucristo y su obra, porque la intención suya era la de escribir dos libros sobre el mismo tema: lo que Jesús hizo y enseñó (Hch. 1:1). Pero no hay ninguna evidencia que este fuese el proyecto de Marcos. Mucho más probable es que la oración sirva para vincular a Jesús como quien cumple la profecía que sigue. Es interesante notar que el siguiente texto comienza con el adverbio *como*, indicando la relación existente entre el contenido de ambos versículos. La interrelación que se busca aquí entre el ministerio de Jesucristo y el de Juan el Bautista, es una evidencia más de que Marcos es el intérprete de Pedro, puesto que de una forma muy semejante se inicia el discurso del apóstol en casa de Cornelio, conectando las obras de Jesús con el Bautista (Hch. 10:37).

El *principio* está relacionado con el τοῦ εὐαγγελίου, *evangelio*, que en griego clásico es una referencia al premio por las buenas noticias. En el tiempo pasó a significar a las *buenas nuevas* que trae un mensajero, especialmente referidas a la noticia de una victoria o a la proclamación de la paz. En el griego bíblico, el término se usaba en el Antiguo Testamento empleando el verbo que procede de *evangelio* para referirse a lo que era, o podía ser, una buena noticia (cf. 2 S. 4:10). De igual manera Isaías al anunciar que Dios iba a intervenir a favor de Su pueblo y restaurarlo (Is. 41:27; 52:7). Las buenas nuevas están unidas a la manifestación del Mesías, como nuestro Señor se aplicó en la sinagoga de Nazaret (cf. Is. 61:1-2).

El sentido que el término tiene para Marcos es la buena noticia, buena nueva, del acercamiento o venida del reino de Dios (cf. 1:14; 8:35; 10:29; 14:9; 16:15). Aquí no tiene el sentido del libro que proclama el evangelio, sino el mensaje de procedencia divina que anuncia la buena noticia para los hombres.

En los demás escritos del Nuevo Testamento, y de forma especial en los escritos de Pablo, tiene la connotación de el mensaje de salvación proclamado en el mundo por los apóstoles y los cristianos (cf. 2 Co. 9:13; Fil. 1:27; 1 Ts. 3:2). El término ocurre con mucha frecuencia en los escritos del apóstol (cf. Ro. 1:16, 17; Gá. 1:7).

Ἰησοῦ Χριστοῦ. Este mensaje de buena nueva, el *evangelio*, está vinculado inseparablemente a Jesucristo. El nombre compuesto de esta manera sólo en esta ocasión en todo el evangelio. La utilización de ambos nombres en genitivo, permite entenderlo en dos modos: a) como *genitivo subjetivo*, que identificaría el evangelio con el mensaje

predicado por Jesucristo, ya que Él tomó como elemento central del evangelio que predicaba la buena noticia de la aproximación y venida con Él del reino de Dios. b) como *genitivo objetivo*, en cuyo caso el evangelio acerca de Jesucristo. Este es el sentido más propio ya que en todo *Marcos*, el objeto del evangelio es Jesucristo. Con todo ambos sentidos tienen cabida perfectamente en la interpretación, puesto que el *evangelio* que se recoge en el texto es el que fue predicado por Jesús y, también, es el mensaje relacionado con su Persona y obra.

Ἰησοῦς. El primer título utilizado en el nombre compuesto es el de *Jesús*. Es el nombre establecido desde el cielo y comunicado a María por el ángel Gabriel en la anunciación: “*Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús*” (Lc. 1:31). La razón fundamental para ese nombre es que “*él salvará a su pueblo de sus pecados*” (Mt. 1:21). *Jesús*, es la expresión griega del nombre hebreo *Y’hôsua*, que es también *Josué*, cuya traducción sería *Dios es salvación*, o *Dios salva*. La misión que traía en su irrupción en la historia humana mediante el nacimiento de María, es la encomendada por Dios y determinada por Él en su propósito soberano de salvación establecido desde antes de la fundación del mundo (2 Ti. 1:9). El nombre *Jesús* relaciona al Hijo de Dios con la salvación del mundo, de otro modo, vino para ejecutar el programa de salvación llevando a cabo la misión que había asumido en la eternidad (1 P. 1:18-20). El nombre tiene la connotación de la buena noticia de la realización de la misión salvadora que, como Dios hecho hombre, iba a cumplir. Aunque la obra de salvación tiene un alcance universal (Jn. 3:16), tendría también un destinatario específicamente vinculado con la condición mesiánica del Salvador, porque αὐτὸς γὰρ σώσει τὸν λαὸν αὐτοῦ, “*el salvará a su pueblo de sus pecados*”. Esto supone una relación específica con Israel. Sin embargo, el Salvador no sería sólo de ellos, sino de todo el mundo. El alcance de *su pueblo* incluye a todos los salvos. Éstos y sólo éstos, son el pueblo de Dios (1 P. 2:9), sus hijos (Jn. 1:12), miembros de su familia (Ef. 2:19) y, como tales, herederos de todo en Él (Ro. 8:17). La provisión de salvación como *operación potencial*, es para todos, pero sólo quienes aceptan con fe el mensaje del *evangelio*, y creen en Jesús, el enviado de Dios, tienen la salvación (Jn. 17:3).

Χριστοῦ. Ese es el segundo nombre dado al Sujeto del evangelio. Es el título mesiánico por excelencia. La palabra equivale a *Mesías*, Aquel que sería lleno del Espíritu y separado para llevar a cabo la tarea de salvar a su pueblo (Is. 61:1; Lc. 4:18; He. 1:9). El Cristo de Dios sería ungido para ser profeta anunciado (Dt. 18:15; Is 55:4; Hch. 3:22; 7:37); para ser el único sumo sacerdote en el orden eterno de Dios

(Sal. 110:4; He. 10:12, 14); para ser el Rey eterno, Rey de reyes y Señor de señores (Sal. 2:6; Zac. 9:9; Mt. 21:5; 28:18; Lc. 1:33). La utilización de este nombre para referirse al Salvador, introduce ya, desde el principio de *Marcos*, al lector en el plano de la fe propia del ser cristiano. Al confesar que Jesús, al que conocemos como hijo de María, nacido bajo la paternidad legal de José, es también el Cristo, aceptamos que es Aquel que ha sido profetizado ampliamente como el Redentor del mundo. Para muchos opositores al *evangelio*, especialmente dentro del mundo judío, Jesús no podía ser el Cristo, porque era simplemente *el carpintero* y conocían a su familia (6:3). Aferrándose a una interpretación tradicional afirmaban que cuando el Mesías viniese nadie sabría su procedencia (Jn. 7:27). En ocasiones pretendían ignorar el lugar de nacimiento que fue en Belén, conforme a la profecía, cambiándolo por el lugar de residencia Galilea para confundir a las gentes sobre su condición y negar que fuese el Cristo anunciado. Aún más grave era la sospecha que dejaban traslucir de un nacimiento ilegítimo: *“Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios”* (Jn. 8:41). De algún modo debía entenderse que aquellos estaban diciendo: *“nosotros no nacimos de fornicación, tú sí. No hay duda con respecto a nuestro padre, pero sí la hay en relación con el tuyo”*.

La buena noticia que se proclama en *Marcos*, está ligada a quien recibe el nombre de *Jesucristo*. Este título aparece con frecuencia en los escritos apostólicos, pero es raro en los evangelios. Marcos lo usa, como se dijo antes, en este lugar, una sola vez en el escrito. Ambos nombres unidos, dan lugar al excelso y supremo nombre Jesucristo, dado únicamente al Salvador. El nombre fue usado por el apóstol Pedro en el primer mensaje de predicación del evangelio (Hch. 2:38).

Υἱοῦ Θεοῦ. A la presentación Jesucristo, sigue, en varios mss. el complemento *Hijo de Dios*. Es un título que se usa varias veces en el evangelio (cf. 3:11; 5:7; 9:7; 14:61, 62; 15:39). Con él se reconoce la divinidad de Jesús, en vinculación directa con el Padre, que dando testimonio lo reconoce como *mi hijo Amado* (1:11; 9:7). Jesús es el *Hijo del Bendito* (14:61). Es necesario entender aquí la elevada Cristología de Marcos, que reconoce en Jesús la divina condición como Hijo, en el Ser Divino. A Éste a quien Dios reconoce, también lo identifican los demonios como el Santo de Dios (1:24), y el Hijo de Dios (3:11; 5:7). El título fue usado por Jesús mismo en su ministerio (13:32), y culminó en la declaración solemne ante el sanedrín (14:61-62). Las Escrituras confirman la condición divina de Jesucristo (cf. Is. 9:6; Mt. 28:18; Jn.

1:1-4; 8:58; 10:30, 33; 20:28; Ro. 9:5; Fil. 2:6; Col. 1:16; 2:9; He. 1:8; Ap. 1:8).

El título *Hijo de Dios*, es el que recoge la mayor dimensión en la condición divina de Jesucristo. En esta manera se manifiesta como el revelador absoluto del Padre: “*Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar*” (Mt. 11:27). A Él le es dada la autoridad para revelar todo, incluida la relación entre el Padre y el Hijo. La enseñanza de Jesús no era la propia de los maestros de su tiempo, sino algo singularmente especial, la revelación a los hombres de la unión que existe entre el Padre y el Hijo. Esta unión no es un asunto histórico y funcional, sino personal y metafísico. El Hijo puede revelar al Padre porque el conocimiento entre el Padre y el Hijo es mutuo. Por esta causa alcanzamos límites en el plano de la humanidad de Jesús en cuanto a revelación de Dios por medio de su naturaleza humana, llegando a lo que la mente de un hombre le es permitido conocer de Dios, porque es Hijo. No puede revelar más porque sería entrar en el secreto de las cosas que Dios reservó a Su solo conocimiento, de ahí que Marcos recoja las palabras de Jesús: “*Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre*” (13:32).

La filiación divina de Jesucristo es la categoría cristológica suprema. En *Marcos* se descubre como consecuencia de su historia vivida, la condición de Hijo en su vida concordante con esa condición, en su oración como Hijo y en su obediencia de Hijo. La condición y categoría de Hijo, trae a ella todas las otras condiciones que se dan en Jesucristo, ya que constituye la forma suprema de la relación de Jesús con el Dios trino y uno. El ser Hijo de Dios constituye una igualdad de vida y de ser entre Jesús y el Padre, o lo que es lo mismo entre Jesús y Dios. Una relación semejante solo puede ser expresada bajo la idea de la ὁμοουσία, *consustancialidad*, de otro modo, la igual de esencia entre el Padre y el Hijo. Esto lo enseñará Juan en el principio de su evangelio cuando habla de la unidad en el Ser Divino, donde el Hijo, como Logos está frente al Padre y ambos, el Padre y el Hijo son Dios (Jn. 1:1). Este Unigénito Hijo está en el *seno del Padre*, literalmente está *hacia* el seno del Padre, donde aparece un verbo de estado con una preposición de movimiento (Jn. 1:18). La vinculación en el compartir de la esencia divina está claramente manifestada por Jesucristo: “*Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí*” (Jn. 14:11); “*Como Tú, oh Padre, en mí y yo en ti*” (Jn. 17:21).

Marcos es el compendio del *evangelio de Jesucristo*, de ahí la importancia de la aparición del título *Hijo de Dios*, en el primer versículo del escrito. Este Jesús cuyo ministerio se irá vislumbrando en el texto, aparece entre los hombres, como hombre, por el *envío* del Padre. En la encarnación del Verbo, el Hijo toma una naturaleza humana, se hace semejante a los hombres (Jn. 1:14). La encarnación, como toda obra *ad extra* de la Trinidad, se ejecuta por las Tres Personas Divinas, si bien solo el Hijo queda encarnado, esto es, revestido de *carne humana*, de otro modo, sólo el Hijo se hace hombre. El evangelio va a concluir con la muerte de Jesús, pero, esa operación soteriológica mediante la cual el hombre tiene vida eterna por fe en el Hijo, el sacrificio redentor hecho en su cuerpo de carne sobre la Cruz, es el resultado de la entrega que el Padre hace de su Hijo (Jn. 3:16; Hch. 2:23; Ro. 3:25; 8:32; 2 Co. 5:19).

Hablar de *Hijo de Dios*, supone retrotraernos a la Persona del Padre, que eternamente lo engendra. Es necesario entender que este *engendrar*, del Padre al Hijo, no supone causa originante y puntual de la Persona Divina del Hijo, que como Dios es eterno, en igualdad de vida con el Padre y el Espíritu en la relación *ad intra* de la Santísima Trinidad. Es decir, el Hijo, no tiene *origen*, esto es, no ha habido un principio de existencia. El engendrar supone la personalización de la Segunda Persona Divina en la comunicación de vida procedente del Padre. Es necesario entender que el título *Padre*, se aplica a la Primera Persona en sentido intratrinitario, y que el Padre es *principio sin principio*, en otras palabras la vida del Hijo procede del Padre, mientras que Él mismo no es procedido por otro. Por esa razón el Padre envía, pero no es enviado por otro. En esa condición de Padre, en toda la extensión e intensidad de su Ser personal, es base personalizadora constitutiva, de modo que en el eterno presente sin cambio, ni sucesión, ni principio, ni fin, *engendra* un Hijo, la Segunda Persona de la Deidad, comunicándole todo cuanto Él mismo es y tiene, excepto el ser Padre, que es lo que le distingue del Hijo, como persona. Todo lo comparte el Padre con el Hijo en virtud de dicha generación en el seno del Padre. El Hijo es, por tanto, tan y únicamente Hijo, como total, absoluta y perfectamente Dios. El Padre en esta *relación engendradora* del Hijo extingue en ese *engendrar* agota su función *generadora*, que no originante, en el Hijo, y éste, por tanto, es la expresión infinita de la generación del Padre. Esa dimensión –siempre difícil de comprender– exige que el Padre tenga, por consumación de su comunicación de vida al Hijo, un solo Hijo, a quien se llama el *Unigénito del Padre* (Jn. 1:14, 18; 3:16, 18; 1 Jn. 4:9). Si hubiera más de un Hijo en el seno de la Deidad, ninguno de ellos será la manifestación *exhaustiva* de la

generación del Padre, porque ninguno sería infinito y ninguno sería Dios. Pero, de la misma forma, el Padre tampoco lo sería, por cuanto Su acción generadora sería un acto limitado dentro de Su seno. Es más, por ser el acto generativo del Padre una comunicación total, en una entrega infinita y plena al Hijo, el Padre se constituye por una relación subsistente hacia otro. Es decir, el Padre es una Persona Divina, en el Ser Divino, por su relación con el Hijo. De ahí que se lea: “*Mi hijo eres tu; Yo te engendré hoy*” (Sal. 2:7). El hecho de la generación de la Segunda Persona Divina, no le da a la Primera ninguna superioridad sobre la Segunda. Es sencillo entender la razón de esta identidad en el Ser Divino, porque la Persona del Padre debe su Ser personal al acto de engendrar al Hijo, del mismo modo que el Hijo lo debe al hecho de ser engendrado por el Padre. No hay, pues, ninguna dependencia, subordinación ni inferioridad en todo cuanto ocurre *ad intra*, en la relación de la Primera con la Segunda Persona, del Padre con el Hijo, sino una eterna *interdependencia*, ya que el Padre no puede existir sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre. Hablar de generación en el Seno Trinitario, supone una dificultad para algunos que comparan este *engendrar* con el engendrar humano como efecto de la procreación. Esto no puede darse en Dios, porque el *engendrar* en Dios no es un proceso de *causa a efecto*, sino de *principio a término*. Esto supuso fuertes controversias en la historia de la Iglesia, ya que si el Padre engendra al Hijo y logró el término de la acción, entonces acabó la función generadora para el Padre, pero, si no acabó de engendrarlo, entonces el Hijo no es Dios perfecto. Sin embargo, este problema surge al no distinguir entre la acción *inmanente* y la *transeúnte*. En la generación humana la acción es *transeúnte*, porque concluye, en el alumbramiento, la relación de dependencia de sus padres. La generación divina es *inmanente*, porque el Hijo está en el seno del Padre y el Padre está plenamente en el Hijo.

Al no ser este un tratado sobre Cristología, será suficiente concluir con unas breves observaciones más sobre el concepto Hijo de Dios. El Hijo, que es igual al Padre en el Ser Divino y no está sometido al Padre, por la encarnación, al hacerse hombre, puede mostrarle en su naturaleza humana lo que no podría en la divina, en la que es coeterno y coigual al Padre. En esa naturaleza podrá dar Su vida de infinito valor, puesto que es la vida humana de la Segunda Persona Divina, en un acto de obediencia suprema (Fil. 2:8). De otro modo, el Padre envió al Hijo para ser el Redentor del mundo. Todas las formulaciones del *envío del Hijo*, van acompañadas de la preposición ἵνα, *para, para que*, como lo demuestra el texto bíblico: “*Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese...*” (Gá. 4:4-5); “*Porque de tal manera amó Dios al mundo,*

que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna” (Jn. 3:16); “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros...” (Ro. 8:3-4); “... Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 Jn. 4:9). Esto va íntimamente vinculado con la encarnación del Hijo de Dios. Sin embargo, no puede considerarse esto como un hecho aislado, sino como un todo en el programa del *enviar* del Padre al Hijo. Este envío permite a los hombres participar de la vida eterna y alcanzar la filiación en el Hijo. La inserción del Hijo en el mundo ocurre por el nacimiento de la Virgen María, que presupone el nacimiento de mujer y el nacimiento bajo la ley. Pero, el comienzo de la existencia humana de Jesús, no es *comienzo* de la condición de Hijo, que la antecede y trasciende en todo. Tal vez sea Marcos quien, dejando a un lado, la concepción y nacimiento de Jesucristo, pasa directamente a vincular el relato con la preexistencia de quien visto como hombre es el Hijo de Dios. De otro modo, la encarnación designa la unión del Hijo con la humanidad, en una naturaleza humana concebida por obra del Espíritu Santo, en la que realiza desde el plano de la humanidad, la expresión de su filiación eterna. Marcos comienza su relato con la sencillez de la frase que estamos considerando. En ella, Jesucristo, presentado como el Hijo de Dios, es la expresión de la vida trinitaria de Dios en una creatura y la incardinación de la creatura en Dios.

2. Como está escrito en Isaías el profeta:

**He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz,
El cual preparará tu camino delante de ti.**

Καθὼς γέγραπται ἐν τῷ Ἡσαΐα τῷ προφήτῃ².

Como ha sido escrito en - Isaías el profeta:

ἰδοὺ ἀποστέλλω τὸν ἄγγελον μου πρὸ

He aquí envío al mensajero de mí delante

προσώπου σου,

de rostro de ti,

ὃς κατασκευάσει τὴν ὁδὸν σου·

el cual preparará el camino de ti.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

² ἐν τῷ Ἡσαΐα τῷ προφήτῃ, *en Isaías el profeta*, lectura atestiguada en κ, B, L, Δ, 33, 565, 892, 1241, 2427, Orígenes^{1/4}.

ἐν Ἡσαΐα τῷ προφήτῃ, *en Isaias el profeta*, según se lee en D, Θ, f¹, 205, 700, 1071, 1243, l 253, arm, geo, Ireneo^{gr}, Orígenes^{3/4}, Serapio, Epifanio, Seberiano, Hesequio.

ἐν Ἡσαΐα ο ἐν τῷ Ἡσαΐα, según it^{a, aur, b, c, d, f, ff2, l, q}, vg, sir^{p, h/mg(, pal}, cop^{sa, bo}, Ireneo^{lat 1/3}, Orígenes^{lat}.

Se omite τῷ προφήτῃ, en la lectura de Ambrosiaster, Agustín.

ἐν τῶς προφήτης, *en los profetas*, lectura en A, W, f¹³, 28, 180, 579, 597, 1006, 1010, 1292, 1342, 1424, 1505, Biz [E, F, G, H, P, Σ], Lect, vg^{ms}, sir^h, cop^{bo/ms, mg}, eti, esl, Ireneo^{lat 2/3}, Asterio.

ἐν τῷ Ἡσαΐα καὶ ἐν τῶς προφήτης, *en Isaias y en los profetas*, lectura en it^r.

Para introducir el ministerio de Juan, apela a la profecía, escribiendo: Καθὼς, conjunción causal o adverbio de modo *como*; γέγραπται, tercera persona singular del perfecto de indicativo en voz pasiva del verbo γράφω, *escribir*, aquí *ha sido escrito*; ἐν, preposición propia de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Ἡσαΐα, caso dativo masculino singular del nombre propio *Isaias*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; προφήτῃ, caso dativo masculino singular del nombre común *profeta*; ἰδοὺ, segunda persona singular del aoristo segundo de imperativo en voz media del verbo ὀράω, en la forma εἶδον, *mirar, mostrar, ver*, con uso adverbial equivale a *he aquí, sucedió que, ved, ahora*, etc. podría traducirse como una expresión de advertencia enfática como *¡Mira!*, incluso podría leerse a modo de interrogación como *y ¿sabéis?*, es en la práctica como una partícula demostrativa, que se usa para animar el discurso avivando la atención del lector, algunos modernos la identifican como interjección; ἀποστέλλω, primera persona singular del presente de indicativo en voz activa del verbo ἀποστέλλω, *enviar, mandar*, aquí *envío*; τὸν, caso acusativo masculino singular del artículo determinado *el*; ἄγγελον, caso acusativo masculino singular del nombre común *ángel, mensajero*; μου, caso genitivo de la primera persona singular del pronombre personal declinado *de mí*; πρὸ, preposición propia de genitivo *delante*; προσώπου, caso genitivo neutro singular del nombre común *rostro*; σου, caso genitivo de la segunda persona singular del pronombre personal declinado *de ti*; ὃς, caso nominativo masculino singular del pronombre relativo *el que, el cual*; κατασκευάσει, tercera persona singular del futuro de indicativo en voz activa del verbo κατακευάζω, *preparar, disponer, construir*, aquí *preparará*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὁδόν, caso acusativo femenino singular del nombre común *senda, camino*; σου, caso genitivo de la segunda persona singular del pronombre personal declinado *de ti*.

Καθὼς γέγραπται ἐν τῷ Ἡσαΐα τῷ προφήτῃ. Marcos apela a la profecía citando un pasaje de Isaías. Introduce la cita mediante el uso de καθὼς γέγραπται, siendo la única vez en todo el evangelio en que aparece la expresión: *como ha sido escrito*. Probablemente la mejor traducción sería *como está escrito*, ya que el perfecto del verbo señala una acción ejecutada cuyos efectos perduran. Aunque hace referencia a Isaías, la primera de ellas corresponde a Malaquías (Mal. 3:1), por esa razón probablemente se produce la alternativa de lectura ἐν τοῖς προφηταῖς, *en los profetas*, como forma incluyente de las dos referencias, ya que la primera no corresponde a Isaías. Hacer referencia a uno de los autores en citas donde hay más de uno, no es asunto raro en el Antiguo Testamento, como ocurre, por ejemplo en 2 Cr. 36:21, donde se hace referencia sólo a Jeremías cuando hay una de este profeta (Jer. 25:12) y otra del Pentateuco (Lv. 26:34, 35).

ἰδοὺ ἀποστέλλω τὸν ἄγγελον μου πρὸ προσώπου σου. Las palabras de la primera cita son substancialmente las mismas del texto hebreo de Malaquías (Mal. 3:1), y concuerdan también con las del Pentateuco (Ex. 23:20a). El profeta anunció la venida de un mensajero que antecedería a la llegada del Mesías. Este es el único lugar en donde utiliza el término ἄγγελον, *ángel*, en sentido de mensajero de Dios. Marcos introduce la cita para expresar que la venida del Mesías se cumplía en Jesús. Es, por tanto, una interpretación de la profecía para aplicarla a Cristo.

ὃς κατασκευάσει τὴν ὁδὸν σου. La tarea del *ángel*, en sentido de *mensajero precursor*, era preparar los corazones del pueblo de Dios para la venida del Mesías. Se trataba de una acción espiritual, diferente a la que orienta el texto de Moisés, en donde el ángel era enviado para introducir al pueblo de Israel en la tierra prometida. La profecía apunta a las dos venidas de Jesús. La primera en la operación de salvación y la segunda en la manifestación del reinado.

La cita está vinculada con el versículo primero mediante el uso de καθὼς, *como*, de manera que la primera referencia de la profecía, que anuncia el envío de un mensajero para preparar el camino, necesariamente tiene que estar vinculada con Jesucristo, el Hijo de Dios, por tanto el camino a aparejar tiene que ser la preparación para la entrada de Jesucristo en el mundo. De modo que está anunciando al precursor, de cuyo tema se ocupa en los versículos siguientes. El *mensajero* enviado lo vincula inmediatamente con Juan el Bautista (v. 4), de modo que las dos citas proféticas tienen que ver con la presentación del precursor conforme a lo que profecía anunciaba. Está

claro que lo que debía preparar era el τὴν ὁδὸν σου, *camino de ti*. El genitivo del pronombre personal exige la vinculación con el sujeto de la oración en el versículo anterior que es *Jesucristo, el Hijo de Dios*. Esto es consonante con la profecía que habla de preparar el camino para el Señor. La referencia exige que sea Juan el precursor que prepara el camino para la venida del Señor, de ahí la importancia de los títulos que Marcos le da en el versículo anterior: *Jesucristo, Hijo de Dios*.

3. Voz del que clama en el desierto:

**Preparad el camino del Señor;
Enderezad sus sendas.**

φωνὴ βοῶντος ἐν τῇ ἐρήμῳ·

Voz que clama en el desierto:

ἐτοιμάσατε τὴν ὁδὸν Κυρίου,

Preparad el camino del Señor,

εὐθείας ποιεῖτε τὰς τρίβους αὐτοῦ,

derechas haced las sendas de Él.

Notas y análisis del texto griego.

Continuando con la referencia profética, añade: φωνή, caso nominativo femenino singular del nombre común *voz*; βοῶντος, caso genitivo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo βοάω, *clamar, gritar*, aquí *que clama*; ἐν, preposición propia de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *el*; ἐρήμῳ, caso dativo femenino singular del nombre común *desierto*; ἐτοιμάσατε, segunda persona plural del aoristo primero de imperativo en voz activa del verbo ἐτοιμάζω, *preparar*, aquí *preparad*; τὴν, caso acusativo femenino singular del artículo determinado *la*; ὁδὸν, caso acusativo femenino singular del nombre común *camino*; Κυρίου, caso genitivo masculino singular del nombre divino declinado *del Señor*; εὐθείας, caso acusativo femenino plural del adjetivo *derechas*; ποιεῖτε, segunda persona plural del presente de imperativo en voz activa del verbo ποιέω, *hacer, crear, producir, fabricar*, aquí *haced*; τὰς, caso acusativo femenino plural del artículo determinado *las*; τρίβους, caso acusativo femenino plural del nombre común *sendas, veredas*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino de la segunda persona singular del pronombre personal declinado *de él*.

φωνὴ βοῶντος. Marcos toma la profecía mesiánica para valorizar la presencia del Siervo. Esta segunda cita está tomada literalmente de Isaías (Is. 40:3). La profecía tiene que ver con el retorno del pueblo, después del destierro a Babilonia, que Marcos interpreta mesiánicamente. El texto habla de la voz de uno que clama en el desierto llamando a preparar los caminos de Dios. Como ya se ha considerado antes, puede aplicarse a Cristo, puesto que en el primer

versículo se enfatiza la verdad de que Jesucristo es el Hijo de Dios. El término Κυρίου, *Señor*, es la forma que habitualmente se utiliza en el griego para trasladar el nombre *Yahvé*.

ἐν τῇ ἐρήμῳ. La referencia a la proclamación en un lugar desierto, tiene un significado notable para introducir la figura del precursor: Juan el Bautista. La figura del heraldo anunciador, en el nombre de Dios, de la llegada del Mesías, se usa en los cuatro evangelios aplicada a Juan. Como se hace notar más arriba, la profecía tiene que ver con un mensaje de aliento y consuelo para el pueblo de Israel. La disciplina divina a causa del pecado había producido las consecuencias de la devastación nacional y la muerte de miles de personas. Dios les advierte que si la causa de su pecado de alejamiento de Él había producido aquella situación, el camino de la bendición consistía en un retorno sin condiciones a Él. En un ministerio de gracia, les muestra la necesidad en que se encuentran. Dios es siempre el Dios de gracia y de consolación. El Padre del cielo es el “*Dios de toda consolación*” (2 Co. 1:3); el Hijo, el Mesías enviado, tiene un ministerio de aliento y consuelo como *abogado* cerca del Padre (1 Jn. 2:1); al Espíritu Santo se le llama también “*el Consolador*” (Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7). El profeta Isaías, refiriéndose al Mesías, anuncia que vendría para “*consolar a todos los enlutados*” (Is. 61:2).

ἐτοιμάσατε τὴν ὁδὸν Κυρίου. La manifestación de Dios encarnado, tema de *Marcos*, requería que la voz del profeta, en nombre de Dios, se alzase para llamar a la restauración espiritual. Pudiera pensarse que Marcos fuerza el texto, sin embargo, cuando los fariseos preguntaron a Juan si era el Cristo, dijo que era simplemente φωνὴ βοῶντος, *voz que clama* (Jn. 1:23). Sería Jesús quien, en su ministerio, daba la interpretación del pasaje profético aplicándolo a Juan (Mt. 11:10), donde claramente se refiere a él diciendo: οὗτος ἐστὶν περὶ οὗ γέγραπται, *éste es aquel de quien había sido escrito*, para referirse a la misma profecía que utiliza aquí Marcos. Dios enviaba el mensajero para preparar Su camino, por tanto, si Juan era el mensajero anunciado, Jesús era Dios que venía conforme al anuncio del profeta. En la profecía Dios habla como si viniera Él mismo, en la referencia textual de Marcos, Dios se dirige al Mesías anunciando el envío de un mensajero delante de Él. De ahí la importancia del primer versículo en donde se destaca la condición Divino-humana de Jesucristo, el Hijo de Dios. Es notable que el texto de Isaías aparece tres veces en los sinópticos, y en las tres con la modificación que hace que el sujeto sea Jesús (cf. Mt. 11:10V Lc. 7:27). En los versículos que siguen, la identificación del mensajero con Juan el Bautista es evidente. Jesús diría que este fue el

mayor de los profetas, porque quien era precursor del Mesías, anunciándolo en su mensaje, fue también testigo de la presencia de Aquel a quien anunciaba. Juan no solo dijo *vendrá*, sino que dijo de Jesús: *Aquí está*. Aun cuando el contexto de la profecía de Malaquías se extiende a lo largo del tiempo hasta el reino de los cielos, el envío del mensajero que prepara el camino para la venida del Señor se aplica muy legítimamente a Juan como precursor de la primera venida. Juan era el que preparaba el camino del Señor. El texto profético se entiende muy bien a la luz de la costumbre oriental de enviar un pregonero delante del rey que iba a pasar para que los lugareños preparasen y arreglasen el camino por donde pasaría. Juan no solo anunciaba la venida del Señor, sino que en Su nombre demandaba la *ἐτοιμάσατε*, *preparación* o *reparación* espiritual de los caminos de Su pueblo.

εὐθείας ποιεῖτε τὰς τρίβους αὐτοῦ, Esto iba ligado al llamamiento que Juan hacía invitando a las gentes al arrepentimiento, es decir, a que efectuasen un cambio completo de mente y de corazón. Este cambio traería como consecuencia que las sendas se enderezasen. Enderezar lo torcido supone adecuar todo lo que no estaba en conformidad con la voluntad de Dios. Quiere decir, que las deformaciones, las tortuosidades del camino serían arregladas de modo que las bendiciones que traería aparejada la venida de Cristo, podrían ser disfrutadas por ellos. Todo cuanto pudiese ser un obstáculo, como era la santidad aparente, el legalismo, la moralidad permisiva debía ser retirado de la senda, que equivalía a la vida cotidiana de cada uno de aquellos que oían el mensaje del profeta, es decir, se requería una limpieza de vida para todos los que esperaban la venida del reino de Dios. Juan era el portavoz que clamaba en el desierto comunicando el mensaje de Dios. Su voz se alzaba en el desierto, erial del mundo, para despertar al pueblo, preparando el camino del Mesías. Juan gritaba para despertar espiritualmente al pueblo, luego Jesucristo vendría para instruirlos. Las gentes de los tiempos de Juan estaban orgullosos de su religión y de su ascendencia, pero eran insensibles al pecado que dominaba la sociedad; estaban humillados por los romanos, pero carecían de humildad delante de Dios.

La profecía en su primer propósito tenía que ver con un mensaje de aliento a un pueblo abatido y desalentado, consecuencia de una situación resultante del abandono del compromiso con Dios y de la presencia del pecado. El mensaje de Juan cobra plena actualidad. La necesidad de una limpieza espiritual para recibir las bendiciones de Dios es evidente, por lo que se hace imprescindible y urgente. Todo pecado sin confesar hace torcido el camino delante de Dios. Se hace,

pues, necesaria la confesión. La comunión con el Señor sólo es posible en una limpieza de vida. La correcta relación con Dios es el mayor privilegio y la única fuente de bendiciones para el creyente. La presencia divina provee de consuelo y aliento en las dificultades de la vida y en los desencantos del cotidiano vivir. Cuando la tristeza y el dolor surgen, es cuando se puede apreciar la dimensión de lo que Dios es como Consolador. Tal vez, la provisión de la gracia, no hace que las dificultades desaparezcan, pero siempre llegará en ella la provisión de ayuda y fuerzas para soportar las cargas. En los momentos de dificultad, cuando el camino discurre por lo que resulta ser el valle de sombra de muerte, o cuando pasa por el tránsito de las lágrimas es cuando se hace sensible el amor del Gran Pastor de las ovejas, proveyendo de consuelo y gracia para cada uno.

4. Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados.

ἐγένετο Ἰωάννης [ὁ] βαπτίζων ἐν τῇ ἐρήμῳ καὶ³ κηρύσσων
 Vino Juan el que bautiza en el desierto y proclamando
 βάπτισμα μετανοίας εἰς ἄφεσιν ἁμαρτιῶν.
 bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados.

Notas y análisis del texto griego.

Crítica Textual. Lecturas alternativas.

¹[ὁ] βαπτίζων ἐν τῇ ἐρήμῳ καὶ, *el que bautiza en el desierto y...* lectura atestiguada en \aleph , L, Δ , 205, 1342, cop^{bo}, geo¹, esl^{ms}.

[ὁ] βαπτίζων ἐν τῇ ἐρήμῳ, *el que bautiza en el desierto*, según se lee en B, 33, 892, 2427, cop^{bo/ms}.

βαπτίζων ἐν τῇ ἐρήμῳ καὶ, *bautizando en el desierto y*, lectura conforme a A, W, f^1 , f^{13} , 180, 565, 579, 597, 1006, 1010, 1071, 1241, 1243, 1292, 1424, 1505, Biz [E, F, G, H, Σ], *Lect*, it^f, sir^{h,pal}, arm, eti, esl^{mss}.

ἐν τῇ ἐρήμῳ βαπτίζων καὶ, *en el desierto bautizando y...* según D, Θ , 28, 700, it^{a,aur,b,c,d,ff1,l,q,r1,t}, vg, sir^p, Jerónimo, Agustín.

Omite καὶ, y, Eusebio, Cirilo de Jerusalén.

En el inicio de la referencia histórica a Juan el Bautista, escribe: ἐγένετο, tercera persona singular del aoristo segundo de indicativo en voz media del verbo γίνομαι, *llegar a ser, originarse, producirse, suceder, venir aquí vino, surgió*; Ἰωάννης, caso nominativo masculino singular del nombre propio Juan; [ὁ], caso nominativo masculino singular del artículo determinado *el*; βαπτίζων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en

voz activa del verbo βαπτίζω, *bautizar*, aquí *que bautiza, bautizando*; ἐν, preposición propia de dativo *en*; τῇ, caso dativo femenino singular del artículo determinado *la*; ἐρήμῳ, caso dativo femenino singular del nombre común *desierto*; καὶ, conjunción copulativa *y*; κηρῦσσων, caso nominativo masculino singular del participio de presente en voz activa del verbo κηρῦσσω, *proclamar, predicar*, aquí *proclamando*; βάπτισμα, caso acusativo neutro singular del nombre común *bautismo*; μετανοίας, caso genitivo femenino singular del nombre común declinado *de arrepentimiento*; εἰς, preposición propia de acusativo *para*; ἄφεσιν, caso acusativo femenino singular del nombre común *perdón, remisión, liberación*; ἁμαρτιῶν, caso genitivo femenino plural del nombre común declinado *de pecados*.

ἐγένετο Ἰωάννης [ὁ] βαπτίζων. Marcos manifiesta un notable interés por Juan, *el que bautizaba*, citándolo varias veces en el evangelio (1:6, 9, 14; 2:18; 6:25; 8:28; 11:30, 32). Se refiere a él como el precursor de Jesús, el Mesías. Al utilizar la forma verbal ἐγένετο, expresa la idea de la *aparición* de este mensajero de Dios. Es decir, Juan irrumpe en la historia de Israel como profeta en el tiempo determinado por el que lo envía a esa misión. No había comenzado su oficio de precursor del Mesías antes, porque no había llegado el tiempo, pero, de pronto, aparece llevando a cabo el servicio profético, que se indica un poco más adelante en el versículo como κηρῦσσων, *proclamador* del bautismo de arrepentimiento. La misión de Juan se expresa con la forma [ὁ] βαπτίζων, literalmente *el que bautiza*, que aparecerá más adelante (cf. 6:14, 24), pero también usará la expresión βαπτιστής, (cf. 6:25; 8:28) que es compartida por Mateo y Lucas, y que para Marcos es equivalente, si bien la primera destaca más el carácter de la acción.

ἐν τῇ ἐρήμῳ Además de bautizar, Juan *predicaba*. Ambas cosas tenían lugar en el desierto. El término *desierto*, equivale a una tierra despoblada o poco habitada. La alusión al Jordán limita, para algunos el territorio a las zonas despobladas de Judea, próximas al Mar Muerto, junto al Jordán, si bien casi todo el valle del Jordán era una zona poco poblada. Si Juan murió en la fortaleza de Maqueronte, uno de los palacios de Herodes Antipas (6:14-18), la zona de su ministerio debía ser en las proximidades del Mar Muerto en el distrito de Perea. Sin embargo no es tampoco este un dato que permita precisar el lugar.

καὶ κηρῦσσων βάπτισμα μετανοίας. Predicaba el arrepentimiento para perdón de pecados. El término usado μετανοίας, *arrepentimiento*, se usa aquí para referirse a un cambio de mentalidad respecto del pecado. Se trata de un llamamiento a la conversión o vuelta a Dios, reconociendo el pecado personal y confesándolo. En el Nuevo Testamento conlleva también la idea de un cambio deliberado, es decir,

una acción que nace desde la necesidad impuesta por un corazón regenerado, un darse cuenta de la necesidad que requiere un cambio de vida. No era asunto de reforma religiosa, sino de un cambio interior del corazón. Cambio de mente, *arrepentimiento*, debe entenderse como un cambio de vida interior. El que cambiaba de pensamiento y volvía arrepentido a Dios, se bautizaba expresando su nuevo estado, como testimonio público a todos. El bautismo era una manifestación visible de pertenecer al remanente del pueblo de Dios. No era una novedad absoluta, en cuanto al hecho de ser bautizado, porque los bautismos tanto para purificación como para incorporación de prosélitos, eran conocidos en aquel tiempo. La novedad de este bautismo es que marcaba el inicio de un nuevo compromiso con Dios. Juan estaba rompiendo con la tradición que enseñaba la suficiencia de ser judío para formar parte del pueblo de Dios, el profeta señala el camino del arrepentimiento y la confesión de pecados para acceder a esa condición.

El arrepentimiento va generalmente acompañado de un sincero dolor de corazón a causa de la práctica de una vida opuesta o discordante con la voluntad de Dios. Sin embargo, aunque el pesar por el pecado cometido, puede acompañar al arrepentimiento, debe entenderse claramente que ese pesar no es el arrepentimiento en sí. Algunos confunden este al aplicar sin contextualizar un texto del apóstol Pablo, en donde dice que “*la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento*” (2 Co. 7:10)²⁵. La tristeza no es el cambio de mentalidad que se produce con el arrepentimiento. De manera que el mensaje de Juan no era tanto un llamamiento para que se produjese una *auto-confesión* de pecado, sino el resultado determinante de un cambio de mentalidad que conduce a un cambio de vida. No debe olvidarse que el único modo de acceder al reino de Dios es por el nuevo nacimiento (Jn. 3:3, 5), que incluye necesariamente el arrepentimiento. Sin embargo, debe entenderse también que el arrepentimiento no es una condición más aparte de la fe para la salvación, sino la consecuencia de la actuación de la fe y la regeneración del pecador. De otro modo, no puede haber arrepentimiento, *cambio de mentalidad*, en el hombre no regenerado, sino que se produce en el creyente como consecuencia de la regeneración. Ambas cosas, como todo lo relativo a la salvación, es una obra de Dios, que genera la fe en el hombre para que pueda voluntaria y personalmente ejercitarla depositándola en el Salvador y entregándole la vida (Ef. 2:8-9). El llamamiento de Juan al arrepentimiento produciría un cambio de mentalidad que rectificaría el camino tortuoso de las gentes de su tiempo, impulsándolos a una vida distinta a la que llevaban

²⁵ Ver nota en mi comentario a 2 Corintios.

hasta aquel momento. Con todo, una verdadera contrición a causa del pecado no puede producirse por acción de la voluntad humana, sino que nace en la obra del Espíritu de Dios en el corazón, bien sea del no creyente, bien del creyente. El arrepentimiento está incluido en la fe, como se ha dicho, de manera que cuando Juan llamaba al arrepentimiento lo hacía a causa de que el reino se había acercado. Los que creían a la palabra del Bautista que proclamaba la inminente llegada del reino, eran conducidos al arrepentimiento. Este arrepentimiento está vinculado a la conversión que no es otra cosa que un cambio de posición de los ídolos, esto es, el sistema religioso humano, a Dios (1 Ts. 1:9). Ese cambio produce una inversión en la vida, dejando de servir en esclavitud espiritual para hacerlo en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. El arrepentimiento tenía especial relevancia en relación con Israel, pueblo bajo el orden de pactos que Dios había establecido para ellos y que culmina en el nuevo pacto de restauración espiritual por el nuevo nacimiento (Jer. 31:31-34). Estar en consonancia con lo que Dios estipula en el pacto, significa estar en una correcta relación con Él. Siempre el pecado restringe las bendiciones establecidas en los pactos, por tanto, el arrepentimiento infiere un cambio de mentalidad que producirá un cambio de vida conformada con los principios demandados en los pactos que aún sigan vigentes para Israel. Dios no necesitaba nuevos pactos con Israel, sino la restauración de los principios de vida que permitiera el disfrute de las promesas pactadas incondicionalmente, y que son aquellas que tienen que ver con la bendición establecida en la esfera denominada *reino de Dios*, o *reino de los cielos*. La invitación al arrepentimiento es una demanda para restaurar los principios de vida como preparación para el reino que se aproximaba en Jesucristo de quien Juan era heraldado. No se trataba de establecer nuevos pactos, sino de restaurar la vida del pueblo mediante un cambio de mentalidad que los condujera a confesar sus pecados y volverse sin condiciones a Dios.

La necesidad de predicar un mensaje que llamase al arrepentimiento es evidente a la luz de la situación espiritual del pueblo de Israel en tiempos de Juan. Según Mateo, el mensaje del profeta era sencillo, resumido en una sola palabra: *Arrepentíos*. La necesidad del arrepentimiento era porque “*el reino de los cielos se ha acercado*” (Mt. 3:2). No cabe duda que la sociedad greco-romana de entonces era una sociedad pecaminosa y moralmente corrompida. Era la situación que conduciría años más tarde al derrumbamiento del Imperio Romano. Pero, si los gentiles eran corruptos y necesitaban un retorno a Dios, también lo necesitaban los judíos. La sociedad religiosa de la nación estaba en un notorio estado de corrupción espiritual. Las

manifestaciones de piedad se habían convertido en el objetivo de muchos, especialmente de quienes se consideraban ejemplos sociales, buscando orar para ser vistos, practicando la limosna a los pobres para glorificación de dador, viviendo sumergidos en el cumplimiento literal de la Ley, pero olvidándose de la orientación espiritual que Dios le había dado. Se estaba cumpliendo nuevamente lo que Isaías denunciaba: *“Este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado”* (Is. 29:13).

Sobre esta situación escribe Alfred Hedersheim:

“La autoridad más elevada del país, se une a los nombres de Anás y Caifás. El primero había sido designado por Quirinius. Después de detentar el pontificado durante nueve años, fue depuesto, y le sucedieron otros, de los cuales el cuarto fue su yerno Caifás. El carácter de los Sumos Sacerdotes durante todo este período es descrito en el Talmud (Pes. 57ª) en palabras terribles. Y aunque no hay evidencia de que la casa de Anás fuera culpable de la indulgencia grosera, la violencia, lujuria y aun pública indecencia de algunos de sus sucesores, están incluidos en los ayes o calamidades pronunciados sobre los líderes corruptos del sacerdocio, ante quienes se presenta al Santuario como pidiendo que se alejen de sus sagrados recintos, pues lo contaminan con su presencia. Es digno de hacer notar que el pecado especial de que se acusa a la casa de Anás es de ‘bisbisear’ o silbar como las víboras, lo cual parece referirse a la influencia privada sobre los jueces de la administración de justicia, por lo que la moral es corrompida, el juicio pervertido y la Shekinah se ha apartado de Israel. Como ilustración de esto recordaremos el terror que impidió a algunos sanedristas ponerse al lado de Jesús (Jn. 7:50-52), y especialmente la violencia que parece haber decidido la acción final del Sanedrín (Jn. 11:47-50), contra el cual no sólo hombres como Nicodemo y José de Arimatea, sino incluso un Gamaliel, se sentían impotentes. Pero aunque la expresión Sumo Sacerdote parece, a veces, haber sido usada en un sentido general como designando los hijos del Sumo Sacerdote, e incluso los miembros principales de su familia, sólo podía haber, naturalmente, un Sumo Sacerdote real. La conjunción de los dos nombres Anás y Caifás probablemente indica que, aunque Anás había sido depuesto del pontificado, todavía seguía presidiendo sobre el Sanedrín; una conclusión no sólo apoyada por Hch. 4:6, en que Anás aparece como su presidente real, y por los términos en que se habla de Caifás como meramente uno de ellos (Jn. 11:49), sino por la parte que tomó en la condenación final de Jesús (Jn. 18:13). Una combinación así

*de desastres políticos y religiosos, sin duda constituía un período de extrema necesidad para Israel. Con todo, no se hizo ningún intento por parte del pueblo para enderezar las cosas por la fuerza*²⁶.

Ante una situación semejante, se hacía urgente un llamado al arrepentimiento por la presencia del Rey y la proximidad del reino en su Persona.

εἰς ἄφεσιν ἁμαρτιῶν. Tal conversión era para *perdón de pecados*. El que se bautizaba anunciaba públicamente un cambio esencial en su vida. Abandonaba el pecado para vivir una vida nueva en relación con Dios. La palabra ἄφεσιν, traducida como *perdón*, significa literalmente *remisión*. Tiene que ver con la eliminación de todos los obstáculos que impedían una correcta relación con Dios. La palabra tiene que ver con la expulsión del pecado alejándolo del pecador (Sal. 103:3; Is. 1:18; 44:22; 55:6, 7; Mi. 7:18). La importancia de esta acción de la gracia de Dios para vida eterna, se destaca también en el Nuevo Testamento (Mr. 3:29; Lc. 24:47; Hch. 2:38; 5:31; 10:43; 13:38; 19:4; 26:18; Ef. 1:7; Col. 1:14). El perdón supone la restauración de la comunión rota por el pecado, que se proyecta a la experiencia de vida del que ha vuelto a Dios. La remisión es de ἁμαρτιῶν, *los pecados*, en sentido de todo aquello que no ha alcanzado la norma que Dios ha determinado.

El bautismo expresa simbólicamente el acto del arrepentimiento y de cambio de vida. No se bautiza para *convertirse*, sino como expresión de haberse producido la conversión. Juan bautizaba con agua “*para arrepentimiento*”, es decir como testimonio de conversión, o de arrepentimiento, equivalente aquí. El bautismo que Juan practicaba simbolizaba la realidad de la gracia que purifica el corazón de quien vuelve a Dios. Es el simbolismo material de la realidad espiritual anunciada para el nuevo pacto: “*Esparciré sobre vosotros agua limpia y seréis limpiados... os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros*” (Ez. 36:25, 26). Una alusión al simbolismo del agua en el bautismo se menciona en la *Epístola a los Hebreos*, donde se lee: “*Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura*” (He. 10:22). El bautismo de Juan expresaba simbólicamente la limpieza interior a que llegaba todo aquel que venía en arrepentimiento a Dios. Esta es la clave de todo el mensaje y

²⁶ Alfred Endersheim. *La vida y los tiempos de Jesús el Mesías*. Edit. Clie. Terrassa 1987. Vol. I. pág. 307s.

ministerio de Juan el Bautista. No se trataba de una manifestación de arrepentimiento aparente, sino de uno pleno que produce un cambio en la vida de las personas. No era asuntos ceremoniales o religiosos, que no acercaban a los hombres a Dios, ni Éste se complacía en ellos, era un regreso incondicional a Dios confesando el pecado y apartándose de él. Ese arrepentimiento verdadero produce siempre frutos conformes a él. De la misma manera que la fe que salva y santifica se manifiesta visiblemente en obras, así también el genuino arrepentimiento en frutos dignos de él. Es semejante a la fe que salva y que por ello conduce a la experiencia no sólo de justificación, sino también de santificación, en un obrar propio de la verdadera fe que informa e impulsa la vida del convertido a Dios (Stg. 2:17). No cabe duda que a la luz de la verdad revelada, el hombre no se salva por obras, sino por gracia mediante la fe; pero, no es menos cierto que aunque nadie se salva por obras, todo salvo lo es para *obras*, es decir, la verdadera conversión se manifiesta en una nueva forma de vida. El mero deseo de bautizarse y el hecho de hacerlo, por sí mismo, no conduce a nada especial. El verdadero arrepentimiento, y el bautismo de Juan era expresión de aceptar la llamada al arrepentimiento y asumirlo sin limitación alguna, debía producir evidencias de que había sido una realidad en el corazón, ya que tanto la fe como el arrepentimiento se conciben en el corazón por la acción del Espíritu de Dios. No están verdaderamente arrepentidos aquellos que manifiestan pesar por el pecado, pero continúan cometiéndolo. Es necesario volver a recordar que hay quienes sienten remordimiento pero nunca llegan al arrepentimiento. La fe y el arrepentimiento no son actos puntuales sino actitudes continuadas que informan y condicionan la vida.

La conversión a Cristo produce necesariamente un cambio de vida semejante al demandado por Juan para aquellos que venían a él para ser bautizados. El que cree recibe, por la acción del Espíritu, la regeneración espiritual, el nuevo nacimiento. Dios retira el corazón deteriorado por el pecado y coloca en su lugar uno nuevo depositario del Espíritu Santo, que conduce la vida del salvo para un desarrollo conforme a la voluntad de Dios. Todo lo que correspondía a la vieja vida, en una naturaleza caída, da paso a algo nuevo en que se desarrolla y proyecta el modo de vida del creyente. El cambio es tan profundo y total que sólo puede compararse a un nuevo nacimiento, que cancela la experiencia de vida anterior para dar paso a una nueva, de modo que para el salvo *“las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (2 Co. 5:17). La carne producía antes obras de impiedad, contaminadas por el pecado, ahora, el Espíritu produce el fruto que manifiesta una vida radicalmente distinta (Gá. 5:22-23). No significa

esto que no se produzcan caídas o fallos espirituales que necesitan confesión, lo que implica en sí un verdadero arrepentimiento, mediante cuya confesión se restaura la comunión con Dios afectada antes por el pecado sin confesar. No se puede hablar de salvación sin hablar de regeneración y no se puede hablar de esto sin hablar de un cambio visible de vida. La fe que salva no es fe intelectual sino vivencial, es decir, no se recibe la salvación creyendo con la mente, sino con el corazón (Ro. 10:9). La vida cristiana no consiste en hablar de Cristo, sino en vivir a Cristo (Fil. 1:21). El que está en Cristo ha crucificado la carne con sus pasiones y deseos (Gá. 5:24).

5. Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.

καὶ ἐξεπορεύετο πρὸς αὐτὸν πᾶσα ἡ Ἰουδαία χώρα καὶ οἱ
 Y salía a él toda la de Judea región y los
 Ἱεροσολυμίται πάντες, καὶ ἐβαπτίζοντο ὑπ' αὐτοῦ ἐν τῷ
 de Jerusalén todos, y eran bautizados por él en el
 Ἰορδάνῃ ποταμῷ ἐξομολογούμενοι τὰς ἀμαρτίας αὐτῶν.
 Jordán río, confesando los pecados de ellos.

Notas y análisis del texto griego.

Siguiendo con la descripción de Juan y su ministerio, escribe: καὶ; conjunción copulata y; ἐξεπορεύετο, tercera persona singular del imperfecto de indicativo en voz media del verbo ἐκπορεύομαι, *salir*, aquí *salían*; πρὸς, preposición propia de acusativo a; αὐτὸν, caso acusativo masculino de la segunda persona singular del pronombre personal *él*; πᾶσα, caso nominativo femenino singular del adjetivo indefinido *toda*; ἡ, caso nominativo femenino singular del artículo determinado *la*; Ἰουδαία, caso nominativo femenino singular del adjetivo *Judea*, en sentido de perteneciente a Judea, *de Judea*; χώρα, caso nominativo femenino singular del nombre común *región*; καὶ, conjunción copulativa y; οἱ, caso nominativo masculino plural del artículo determinado *los*; Ἱεροσολυμίται, caso nominativo masculino plural del nombre propio en griego *Jerusalén*, en sentido de *jerosolimitanos*; πάντες, caso nominativo masculino plural del adjetivo indefinido *todos*; καὶ, conjunción copulativa y; ἐβαπτίζοντο, tercera persona plural del imperfecto de indicativo en voz activa del verbo βαπτίζω, *bautizar*, aquí *bautizaban*, en sentido de *eran bautizados*; ὑπ', forma que toma la preposición propia de genitivo ὑπό ante vocal con espíritu suave, *por*; αὐτοῦ, caso genitivo masculino singular de la tercera persona singular del pronombre personal *él*; ἐν, preposición propia de dativo *en*; τῷ, caso dativo masculino singular del artículo determinado *el*; Ἰορδάνῃ, caso dativo masculino singular del nombre propio *Jordán*; ποταμῷ, caso dativo masculino singular del nombre común *río*; ἐξομολογούμενοι, caso nominativo masculino plural del participio de presente en voz activa del verbo ἐξομολογέω, *confesar*, aquí *confesando*; τὰς, caso acusativo femenino plural